

ANTONIO GARCIA VERDUCH

## El dedo en la llaga

**E**n el número de CASTELLÓN DIARIO del pasado día 27 de octubre, se hacía referencia al acto de presentación de un libro, que tuvo lugar en el salón de actos de Bancaja. El libro, editado por EUNSA, se titula: "La fiebre de la prisa por vivir", y su autor es el profesor Gerardo Castillo, de la Universidad de Navarra.

Sin haber leído aún el libro, me atrevo a decir que el profesor Castillo ha puesto el dedo en la llaga que más duele de la sociedad actual y, con esa convicción, me permito añadir ahora algunos comentarios.

Con unas cuantas líneas entresacadas, se comprenderá muy bien cuál es el espíritu del libro. El autor se interesa por el problema de un amplio sector de jóvenes "que pretenden ser adultos antes de tiempo", "que sienten la urgencia de probar todo y tener todo tipo de experiencias", "que confunden sus caprichos con sus derechos", "que viven para la diversión del fin de semana", "que tienen prisa por ganar dinero de modo fácil", y "que les falta paciencia para completar su formación".

"La prisa por vivir expresa incapacidad para hacer cada cosa en su momento más oportuno, para saber esperar". "Los jóvenes desean disfrutar de todas las ventajas de la vida adulta, pero sin aceptar ninguna de sus obligaciones". Una de las causas de este fenómeno es, según el profesor Castillo, "que los jóvenes creen que la felicidad consiste en el goce de los placeres sensibles inmediatos".

Esta es, sin duda, una magnífica descripción del comportamiento de muchos jóvenes de hoy.

Esto es lo que ocurre hoy, pero cometeríamos un grave error si pensásemos que este comportamiento monstruoso es una invención de la cultura de nuestra época.

La pura-verdad es que, bajo la etiqueta de progresismo, se les ha vendido a los jóvenes españoles, como nueva, una mercancía antigua, desacreditada y fracasada, que, durante su vigencia, ha dado frutos muy amargos.

Los que hayan vivido en Escandinavia hace medio siglo, y hayan tenido ocasión de conocer los comportamientos de aquellas sociedades, no dudarán en darme la razón.

Con hábitos de vida análogos a los que ahora toma por nuevos y originales la juventud española, la sociedad nórdica logró uno de los más altos niveles de insatisfacción conocidos, que se manifestaba en forma de ansiedad, indi-

ferencia y hastío, y que, como era de esperar, producía un elevado índice de suicidios.

Aquellas sociedades de hace medio siglo, como la nuestra de hoy, sentían una incontenida urgencia de disfrutar de todos los placeres sensibles, a cualquier costo. No tenían paciencia para disfrutar, pausadamente y a su debido tiempo, de los placeres que, de modo natural, va ofreciendo la vida.

El esquema de pensamiento es muy sencillo. Vamos a ver si logramos describirlo en pocas palabras.

La vida se compone de unos acontecimientos penosos, aburridos y tristes, entre los cuales se van intercalando otros, alegres y gozosos. La vida transcurre como si fuese una cinta gris continua, que está adornada, de vez en cuando, por algunas franjas de colores vivos y alegres. También podríamos verla como una sucesión de hechos monótonos e insignificantes, en la cual, de vez en cuando, fuesen apareciendo, como premios, otros acontecimientos mucho más deseables.

Los hechos deseables, los premios, los acontecimientos especialmente alegres, son como hitos que van jalonando el futuro, y nos ayudan a caminar, con la permanente ilusión de alcanzarlos y disfrutarlos.

Y así, oteando el horizonte, y anhelando el encuentro con el siguiente hito, y con el otro, y con el otro, va transcurriendo la vida de modo pacífico, y siempre llena de ilusión. Mientras nuestra mirada alcance a divisar alguno de los hermosísimos hitos que nos aguardan en el futuro, la vida se deslizará alegre, plácida y esperanzada.

En cada etapa de la vida nos aguarda una ilusión: el chupete, el muñequito de goma, el juguete mecánico, el postre dulce, el paseo del domingo, el balón de reglamento, la bicicleta, la camisa de moda, el pantalón de cuero, la motocicleta ruidosa, la vacación en la playa, los trastos de música, las tonteces divertidas, los galanteos, los enamoramientos, las fiestas, el pisito, la vida conyugal, las cortinitas, el mueblecito de la entrada, los nenes, las monadas de los nenes, las hazañas de los hijos adolescentes, los logros y los triunfos de los hijos mayores, y, por último, una casa que tenga ascensor y escalones bajitos, por si falla el ascensor, calefacción que no sea muy cara, habitación soleada, visitas de personas de tierno corazón, jarabes, pastillas y buenas noticias médicas.

## Devorar placeres

**E**l joven comete la más grave equivocación de su vida cuando, deslumbrado por una libertad venenosa y espoleado por una impaciencia incontentada, atrae hacia sí todos los placeres que le aguardan en el futuro, y los devora atropelladamente, con glotonería sin límites.

El joven usa su libertad para gozar intensamente, y en breve tiempo, del cupo de placeres que le corresponde para toda la vida. Y, al fin, los agota, y se hastía, y busca desesperadamente otros nuevos, y el placer le da más sed de placer, pero ya nada le satisface, porque su vida ha llegado, irremediablemente, a estar agotada y vacía.

Cuando su locura le ha conducido hasta ese límite, mira hacia el futuro, y solamente ve una cinta gris, infinita y aburrida, que

no conduce a ningún sitio. En su futuro ya no hay nada que despierte su curiosidad, ni ningún destello que ilumine su mirada. El ya lo sabe todo, ya lo ha gustado todo, y ya se ha hastiado de todo.

En su futuro ya no hay más que un vacío y un silencio cósmicos y una soledad escalofriante. ¿Para qué quiere seguir viviendo una vida inútil y vacía?. ¿Qué significado tiene una vida que ya ha sido vivida y expresada como un limón?.

A los jóvenes les deseo que jamás se vean en el amargo trance de ser enfermos terminales de progresía. Les deseo que mucho antes se acuerden de lo que escribe el sabio profesor Castillo, y de lo que, modestamente, les recuerda este viejo bienintencionado.